



A R T E

L | A | E | X | P | O | S | I | C | I | Ó | N

EL LEGADO

DEL «FAR WEST»

EL THYSSEN REIVINDICA LAS TRIBUS INDÍGENAS DE NORTEAMÉRICA EN UNA MUESTRA QUE QUIERE ARROJAR LUZ SOBRE LOS FALSOS MITOS

LA ILUSIÓN DEL LEJANO OESTE | MUSEO THYSSEN (PASEO DEL PRADO, 8) | WWW.MUSEOTHYSSEN.ORG | HASTA EL 7 DE FEBRERO

Nació el cine (1895) y poco después se alumbraba el *western* (1903). El género gozó de un gran éxito en la gran pantalla durante décadas y las historias que se sucedían en el Lejano Oeste se llenaban de tópicos y prejuicios, por mucho que fueran dirigidas por iconos del séptimo arte, como John Ford, Howard Hawks o Anthony Mann. El caso es que las aventuras de vaqueros, indios, forajidos y tramperos se hilvanaban, una detrás de otro, con escaso rigor histórico. Algo similar sucedía con las novelas llamadas *del Oeste*.

Ahora, una exposición pretende desha-

cer esa mirada turbia al reivindicar, en un escenario tan atípico como el Museo Thyssen, el arte generado en torno a los indios de Norteamérica, «un arte olvidado por desconocido» en palabras del director de la pinacoteca, Guillermo Solana, por lo que «la exposición pretende ser una medicina, un tratamiento terapéutico que sirva para reivindicar unas culturas que sufrieron la tragedia del exterminio».

Yosemite, Yellowstone y el Gran Cañón son algunos de los escenarios *indígenas* representados en las pinturas de artistas como Thomas Cole, Albert Bierstadt, Thomas Hill o Charles Wimar, donde la naturaleza aparece desbordante y grandiosa. Los caminos hacia esos territorios habían sido abiertos por tramperos y compañías

de comercio de pieles y, más tarde, por científicos y militares que se hacían acompañar por artistas que ilustraban sus hallazgos, además de los paisajes y los pobladores originales. A la colección de la pinacoteca madrileña han ido a parar algunas de aquellas obras gracias a la pasión del barón Thyssen por el Oeste norteamericano.

Sin embargo, la exposición muestra cómo los primeros artistas que se adentraron en esas tierras exóticas no fueron paisajistas, sino retratistas y etnógrafos, gracias a los cuales sabemos cómo eran los campamentos indios, la caza del búfalo, los rituales de numerosos tribus, así como su fisonomía y atuendo.

Todos los que se acercaban a ese universo quedaron fascinados, sin excepción, por la figura del jefe indio, cuyos tocados, pinturas corporales y objetos de poder quedaron plasmados en sus cuadros y fotografías, como se puede contemplar en la muestra. Al parecer, según el comisario y también artista Miguel Ángel Blanco, a finales del siglo XIX eran los propios jefes, como Toro Sentado, Gerónimo o Joseph, los que se preocuparon por immortalizar su imagen, cuando sus tribus estaban confinadas en reservas.

Las tribus indias ya habían sufrido un duro golpe y estaban en serio peligro de extinción, por lo que abundaban aquéllos que buscaban los restos de una forma de vida peculiar y formaron colecciones de trajes, objetos cotidianos y rituales, armas y adornos. Algunos de ellos pueden verse en esta exposición singular, que se cierra con un conjunto de libros, cómics, carteles de cine y películas dedicados al Lejano Oeste. **PILAR ORTEGA**



«EL RASTRO PERDIDO» (1856), DE CHARLES WIMAR.